

El Romance de don Gayferos

que trata de como sacó a su esposa que estava en tierra de moros.



Assentado está gayferos
en el palacio real
assentado al tablero
para las tablas jugar
los dados tiene en la mano
que los quería arrojar
quando entró por la sala
don carlos el emperante
desque assí jugar lo vido
empeço le de mirar
hablando le está hablando
palabras de gran pesar
si tambien fuéssedes gayferos
para las armas tomar
como lo yo para los dados
y para las tablas jugar
vuestra esposa tiene moros
y siades la a buscar
pesa me a mí por ello
por que como húa carnal
de muchos fue demandada
y a nadie quise tomar

pues con vos caso por amores
amores la ay an de sacar
si con otro fuera casada
no estuiera en captiuidad.
Gayferos de que esto vido
mouido de gran pesar
leuanto se del tablero
no queriendo mas jugar
a manos toma el tablero
para auer lo de arrojar
si no por el que con el juega
que era hombre de linaje
jugaba con el guarinos
almirante de la mar
boyes da por el palacio
que al cielo quieren llegar
preguntando va preguntado
por su primo don roldan
ballara lo en el patin
que quería caluagar
con el era oliteros
y durá darte el galan

[a j r]

Romance de don Gayferos,

que trata de cómo sacó a su esposa que estaba en tierra de moros.

Assentado está Gayferos
en el palacio real,
assentado al tablero
para las tablas jugar.
Los dados tiene en la mano,
que los quería arrojar,
quando entró por la sala
don Carlos el Emperante.
D'el que assí jugar lo vido
empeçóle de mirar;
hablando le está hablando
palabras de gran pesar:
“Si también fuéssedes Gayferos
para las armas tomar,

como soys para los dados
y para las tablas jugar,
vuestra esposa tiene moros,
yríadesla a buscar.
Pésame a mí por ello,
porque es mi hija carnal.
De muchos fue demandada
y a nadie quise tomar,
pues con vos casó por amores,
amores la ayan de sacar.
Si con otro fuera casada
no estuviera en captividad”.

Gayferos de que esto vido,
movido de gran pesar,
levantose d’el tablero
no queriendo más jugar.
A manos toma el tablero
para averlo de arrojar,
si no [es] por el que con él juega,
que era hombre de linaje.
Jugava con él Guarinos,
almirante de la mar.
Bozes da por el palacio,
que al cielo quieren llegar.
Preguntando va preguntando
por su primo don Roldán.
Halláralo en el patín,
que quería calvagar.
Con él era Oliveros
y Durandarte, el galán, [a j v]
con él muchos cavalleros
d’aquellos de los Dozes Pares.

Gayferos de que lo vido
empeçóle de hablar:
“Por Dios ruego, mi tío,
por Dios vos quiero rogar.
Vuestras armas y cavallo
vos me las queráys prestar,
que mi tío el Emperante
tan mal me quiso tratar,
diziendo que soy para juego
y no para armas tomar.
Bien lo sabéys vos, mi tío,
bien sabéys vos la verdad.
Si busqué a mi esposa,
culpa no me deven dar.
Tres años anduve triste
por los montes y los valles,

comiendo la carne cruda,
beviendo la roja sangre,
trayendo los pies descalços,
las uñas corriendo sangre.
Nunca yo fallar la pude
en quanto pude buscar.
Agora sé que está en Sansueña,
en Sansueña esa ciudad.
Sabéys que estó sin cavallo
y armas, otro que tal,
que las tiene Montesinos,
que es ydo a festejar
allá a los reinos de Ungría
para torneos armar.
Pues sin armas y cavallo,
mal la podré yo sacar.
Por esto vos ruego, mi tío,
las vuestras me queráys prestar”.
Don Roldán, qu’esto oyó,
tal respuesta le fue a dar:
“Callede, sobrino Gayferos,
no queráys hablar a tal.
Siete años ha que vuestra esposa,
ella está en captividad.
Siempre os he visto armas
y cavallo, otro que tal.
Agora que n’os las tenéys,
la queráys ir a buscar.
Sacramento tengo hecho,
allá en San Juan de Latrán,
a ninguno prestar mis armas,
que no me las hagan cobardes.
Mi cavallo tengo bien bezado,
mal bezo no le quieran dar”.

Gayferos que esto oyó,
la espada fue a sacar,
con una boz muy sañosa
empeçara de hablar:
“Bien parece, don Roldán,
que siempre me quesistes mal.
Si otro me lo dixera,
mostrárele si soy cobarde.
Mas quien a mí ha injuriado,
no lo váys por mí a vengar.
Si vos, tío no me fuéssedes,
con vos querría pelear”.

Los grandes que allí se hallan
entre los dos puesto se han.

Fablado le ha Roldán,
empeçole de fablar:
“Bien parecéys, don Gayferos,
que soys de poca edad,
bien oystes un exemplo
que conocéys ser verdad:
‘Que aquel que bien vos quiere,
aquel vos quiere castigar’.
Si fuérades mal cavallero,
no dixera esto tal.
Mas porque sé que soys bueno,
por esto vos quise castigar.
Que mis armas y cavallo
a vos no se han de negar.
Y si queréys compañía,
yo vos quiero acompañar”.

[a ij r]

“Mercedes, dixo Gayferos,
de la buena voluntad.
Solo me quiero ir, solo
para averla de sacar.
Nunca me dirá ninguno
que me vido ser covarde”.
Luego mandó don Roldán
sus armas aparejar.
Él encubierta el cavallo
por mejor lo encubertar.
Él mismo le pone las armas
y le ayudó para armar.
Luego cavalgó Gayferos
con enojo y con pesar.
Pésale a don Roldán,
también a los Doze Pares
y más a l’Emperador,
de que solo le veen andar.
De que ya él se salía
d’el palacio real,
con una boz amorosa
le llamara don Roldán:
“Esperedes acá sobrino,
solo queréys vos andar,
dexédesme vuestra espada,
la mía queráys tomar,
que aunque vengan dos mil moros,
nunca les bolváys la haz.
Al cavallo dalde rienda
y haga su voluntad,
que si él vee la suya,
bien vos sabrá ayudar,
y si vee demassía,

d'ella vos sabrá sacar”.

Ya le dava su espada,
toma la de don Roldán,
da d'espuelas al cavallo,
sálese de la ciudad.

Don Beltrán, que ir lo vido,
empeçole de hablar:
“Tornad acá, hijo Gayferos,
que siempre me toviste por padre.

Tan solamente vos vea
la Condesa, vuestra madre,
tomará con vos consuelo,
que tan tristes llantos haze.
Darvos ha cavalleros,
los que ayáys necesidad”.

“Consolalda vos, tío,
vos la queráys consolar.
Acuérdense que me perdió
chiquito y de poca edad.

Haga cuenta que de entonces
no me ha visto jamás,
que sabéys que en los Doze
corren malas voluntades.

No dirá que buelvo por ruego,
mas que buelvo por covarde,
que yo no bolveré en Francia
sin Melisendra tornar”.

Don Beltrán de que lo oyera
tan enojoso hablar,
buelve riendas al cavallo
y entróse en la ciudad.

Gayferos en tierra de moros
empieça de caminar.

Jornada de quinze días
en ocho la fue andar.

Por las tierras de Sansueña,
Gayferos mal ayrado va,
las bozes que yva dando
al cielo quieren llegar.

Maldiziendo yva el vino,
maldiziendo yva el pan,
el pan que comían los moros,
mas no de la christiandad.

Maldiziendo yva la dueña,
que tan sólo un hijo pare,
si enemigos ge lo matan,
no tiene quien lo vengar.

Maldiziendo yva el cavallero,

que quiere calvagar sin paje, [a ij v]
si se le cae el espuela,
no tiene quien ge la calce.
Maldiziendo yva el árbol,
que solo en el campo nace,
que todas las aves d'el mundo
en él van a quebrantar,
que de rama ni de hoja,
al triste no dexan gozar.
Dando estas bozes y otras
a Sansueña fue a llegar.
Viernes era aquel día,
los moros hazen solemnidad.
El rey Almançor va a la mezquita
para la çala¹ rezar
con todos sus cavalleros,
con todos sus capitanes,
quando allegó Gayferos
en Sansueña essa ciudad.
Mirava si vería alguno
a quien pudiese demandar.
Vido un captivo christiano,
que andava por los andarves.
Des que lo vido Gayferos
empeçóle de hablar:
“¡Dios te salve el christiano
y te torne en libertad!
Nuevas que pedir te quiero,
no me las quieras negar.
Tú que andas con los moros,
si les oyste hablar,
si ay alguna christiana
que sea de alto linaje”.

El captivo, que lo oyera,
empeçara de llorar:
“Tanto tengo de mis duelos,
que de otros no puedo curar.
Que de todo el día los cavallos
d'el rey me hazen pensar,
y de noche en honda simia
me hazen aprisionar.
Bien sé que hay muchas captivas
christianas de gran linage,

¹De zala, en DRAE, 1739: *La adoración, ò reverencia, que hacen los Moros à Dios, y à Mahoma, doblando el cuerpo, y poniendo la mano en el pecho con varias ceremonias, y palabras.*

en especialmente una,
que es de Francia natural,
y el rey Almançor la trata
como a su hija carnal.
Sé que muchos reyes moros
con ella quieren casar.
Por esso yd vos, cavallero,
por essa calle adelante.
Verla heys a las ventanas
d'el palacio real".
Derecho se yva a la plaça,
a la plaça la más grande.
Allí estaban los palacios
donde el rey solía estar.
Alçó los ojos en alto
por ver los palacios reales.
Vido estar a Melisendra
en una ventana grande
con otras damas christianas
que estaban en captividad.

Melisendra que lo vido,
empeçara de llorar,
no porque lo conoscieste
en el gesto ni en el traje,
mas en verlo con armas blancas,
recórdose de los Doze Pares,
recórdose de los palacios
d'el Emperador, su padre;
de justas galas, torneos,
que por ella solían armar.
Con una boz triste, llorosa,
le empeçara de llamar:
"Por Dios os ruego, el cavallero,
a mí vos queráys llegar,
si soys christiano o moro,
no me lo queráys negar.
Daros he unas encomiendas,
bien pagadas vos serán:
cavallero, si a Francia ydes,
por Gayferos preguntad.

[a iij r]

Dezilde que la su esposa
se le embía a encomendar,
que ya me parece tiempo
que la devía sacar.
Que no lo dexa por miedo
con los moros pelear;
debe tener otros amores,
de mí no lo dexan recordar.

Los ausentes por los presentes,
ligeros son de olvidar.
Aun le diréys, cavallero,
por darle mayor señal,
que sus justas y torneos,
bien las supimos acá.
Y si estas encomiendas
no recibe con solaz,
darlas heys a Oliveros,
darlas heys a don Roldán,
darlas heys a mi señor,
el Emperador, mi padre.
Diréys cómo está en Sansueña,
en Sansueña essa ciudad,
que si presto no me sacan,
moza me quiero tornar.
Casarme han con rey moro,
que está allende la mar;
de siete reyes de moros,
reyna me fazen coronar.
Según los reyes que me traen,
mora me harán tornar,
mas amores de Gayferos,
no los puedo olvidar”.

Gayferos qu’esto oyó,
tal respuesta le fue a dar:
“No lloréys vos, mi señora,
no queráys assí llorar.
Porque essas encomiendas
vos mesma las podéys dar,
que a mí, allá dentro en Francia,
Gayferos me suelen nombrar.
Yo soy el infante Gayferos,
señor de París la Grande,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldán.
Amores de Melisendra
son los que acá me traen”.

Melisendra que lo vido,
conocióle en el hablar;
dexóse de la ventana,
la escalera fue a tomar.
Salióse para la plaça,
donde lo vido estar.

Gayferos que venir la vido,
presto la fue a tomar,
abraçóla con sus braços

para averla de besar.

Allí estava un perro moro
para los christianos guardar,
las bozes dava tan altas
que al cielo querían llegar.

Al gran alarido d'el moro,
la ciudad mandan cerrar.
Siete vezes la rodea Gayferos,
no falla por donde andar.

Presto sale el rey Almançor
de la mezquita y el rezar.
Veréys tocar las trompetas
apriessa y no de vagar,
veréys armar cavalleros
y en cavallos cavalgar.
Tantos se arman de los moros,
que gran cosa es de mirar.

Melisendra que lo vido
en una priessa tan grande,
con una boz delicada
le empeçara de hablar:

“Esforçaos, don Gayferos,
no querades desmayar,
que los buenos cavalleros
son para necesidad.

Si d'esta escapáys, Gayferos,
harto ternéys que contar,
si quisiesse Dios d'el cielo
y sancta María, su madre.

Fuesse tal vuestro cavallo
como el de don Roldán.
Muchas vezes le oý dezir
en palacio d'el Emperante,
que se hallava cercado
de moros muchas vegadas:
al cavallo aprieta la cincha
y aflóxale el petral.

Hincávale las espuelas
sin ninguna piedad;
el cavallo esforçado
salta de la otra parte”.

Gayferos que esto oyó,
presto se fue apear.
Al cavallo aprieta la cincha
y afflóxale el petral.
Sin poner pie en el estribo
encima fue a cavalgar.

[a iij v]

Melisendra a las ancas
presto fue a cavalgar.
El cuerpo le da por la cintura,
porque le pueda bien abraçar.
Al cavallo finca las espuelas
sin ninguna piedad.
Corriendo venían los moros,
a priessa y no de vagar.
Las grandes bozes que davan
al cavallo fazen saltar.
Quando fue cerca los moros,
la rienda le fue a soltar.
El cavallo era ligero,
púsolo de la otra parte.
El rey Almançor que esto vido,
mandó abrir la ciudad.
Siete batallas de moros,
todos de çaga le van.
Bolviéndose yva Gayferos
mirando a todas partes.
De que vido que los moros
le empeçavan de cercar,
bolvióse a Melisendra,
empeçóle de hablar:
“N’os enojéys, mi señora,
fuerça vos será apear,
y en esta grande espessura
podréys, señora, aguardar.
Que los moros son tan cerca,
de fuerça nos han de alcançar.
Vos, señora, no traéys armas
para aver de pelear.
Yo, pues que las traygo buenas,
quíérolas esecutar”.
Apeóse Melisendra
no cessando de llorar.
Las rodillas puestas en tierra,
como la parió su madre,
los ojos puestos al cielo,
no cessando de llorar.
Sin que Gayferos bolviesse,
el cavallo fue aguijar.
Quando fuýa de los moros,
parece que no puede andar.
Y quando yva hacia ellos,
yva con furor tan grande,
que d’el rigor que llevaba,
la tierra hacía temblar.
Donde vido la morisma,
entre ellos fuera a entrar;

si bien pelea Gayferos,
el cavallo mucho más.
Tanto mata de los moros,
que no hay cuento ni par.
De la sangre que d'ellos salía,
todo va vuelto en sangre.
El rey Almançor que esto vido,
empeçara de hablar:
“O[h], válasme tú, Alá,
esto que podía estar,
que tal fuerça de cavallero
en pocos se puede hallar. [a iiij r]

Este debe ser el encantado,
esse palacín Roldán.
Este debe ser el esforçado,
Reynaldos de Montalván.
Este es aquel de las marchas,
el esforçado singular.
No ay ninguno de los Doze
que bastasse fazer tal”.
Gayferos que esto oyó,
tal respuesta le fue a dar:
“Calle’s, calle’s el rey moro,
calle’s, no digas a tal,
muchos otros ay en Francia
que tanto como esos valen.
Yo no soy ninguno d'ellos,
mas yo te me quiero nombrar.
Yo soy el infante Gayferos,
señor de París, essa ciudad,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldán”.
El rey Almançor que lo oyera
con esfuerço assí hablar,
con los más moros que pudo
encerróse en la ciudad.
Solo quedava Gayferos,
no halló con quien pelear.
Bolvió riendas al cavallo
para Melisendra buscar.

Melisendra que venir lo vido,
a recibir se lo sale,
de que le vido las armas blancas,
tintas en color de sangre.
Con una boz triste y llorosa,
empeçóle de preguntar:
“Por Dios vos ruego, Gayferos,
por Dios vos quiero rogar,

si traéys alguna herida
queráysmela vos mostrar,
que los moros eran tantos,
quicá vos han hecho mal.

Con las mangas de mi camissa
apretarvos he la sangre,
con la toca que es más grande,
yo la entiendo de sanar”.

“Callede, dixo Gayferos,
infanta no digáys a tal;
por más que fueran los moros
no me podían hazer mal.

Que estas armas y cavallo
son de mi tío don Roldán;
cavallero que las trae,
ninguno le puede hazer mal.

Cavalgad presto, señora,
que no es tiempo de aquí estar;
antes que los moros nos tomen
los puertos hemos de passar”.

Ya cavalga Melisendra
en un cavallo alazán;
razonando van de amores,
de amores que no en al.

Ni de los moros han miedo,
ni d’ellos sentían parte;
con el plazer de los juntos
el descanso es muy grande.

De noche por los caminos,
de día por los xarales,
comiendo de las yervas verdes
y agua si pueden hallar.

Fasta entrar por Francia,
en tierra de christiandad.
Si fasta allí alegres vinieron,
mucho más de allí adelante.

A la entrada de un monte
e a la salida de un valle,
cavallero de armas blancas
de lexos vieran assomar.

Gayferos de que lo vido,
buelto se le ha la sangre,
diziendo a su señora:
“Esto es mayor pesar,
que aquel cavallero que assoma,
grande esfuerço es el que trae.

[a iiij v]

Si era christiano o moro,
forçado me será pelear.
Apeaos vos, mi señora,

y venidme a la par”.
De la mano la traía
no cessando de llorar.
Y des que se vieron juntos,
comiēçanse aparejar
las lanças y los escudos
en son de bien pelear.
Los cavallos ya de cerca
comiençan de relinchar.
Conosció su cavallo Gayferos
y empeçara de hablar:
“Perded cuydado, señora,
y tornad a cavalgar,
que el cavallo que allí viene
mío es en la verdad.
Yo le di mucha cevada
y más le entiendo de dar.
Las armas, según que veo,
mías son otro que tal.
Aquel es Montesinos,
que me viene a buscar,
que quando yo me partí
no estava en la ciudad”.
Plugo mucho a Melisendra
aquello si fuesse verdad,
ya que se van acercando
quasi juntos a la par.
Con boz alta y crescida
empiēçanse de interrogar.
Conócense los dos primos
entonces en el hablar.
Apeáronse a gran priessa,
muy grandes fiestas se hazen,
des que ovieron hablado
tornaron a cavalgar.
Razonando van de amores,
de otro no quieren hablar.
Andando por sus jornadas
van a tierra de christiandad.
Quantos cavalleros hallan,
todos los van acompañar
y dueñas a Melisendra,
donzellas otro que tal.
Andando por sus jornadas
a París van a llegar.
A siete leguas de la ciudad
el Emperador a rescibirlos sale.
Con él sale Oliveros,
con él sale don Roldán,
con él, infante Guarinos,

almirante de la mar.
Con él sale don Belmúdez
y el buen viejo don Beltrán,
con él muchos de los Doze,
que a su mesa comen pan.
Y con él yva Doñalda,
la esposica de Roldán,
con él yva Juliana,
la hija d'el rey Julián,
dueñas, damas y donzellas,
las más altas de linaje.
El Emperador abraça a su hija
no cessando de llorar.
Palabras que le dezía,
dolor eran de escuchar.
Los Doze a don Gayferos
gran acatamiento le hazen.
Ténienle por esforçado
mucho más de allí adelante,
pues sacó a su esposa
de gran captividad.
Las fiestas que le fazían
no tienen cuento ni par.

Fin